

Mi padre nació en Colonia, en 1911. Procedía de una familia socialista, de artistas. Su padre fue cantante de ópera. Recibió sus primeras clases de dibujo y pintura a los doce años en el taller de la ópera colonense. Le siguió un estudio con Heinrich Campendonk, que enseñó desde 1926, hasta su despido y emigración en 1933, en la Academia de Arte de Düsseldorf. En 1932, Leo Meter se convierte en escenógrafo y asistente de dirección en Berlín en el «Joven Escenario Popular», que estaba políticamente orientado a la izquierda y ya hacían teatro para niños. Creó y distribuyó carteles antifascistas para el movimiento Juvenil Socialista. En 1933 los colaboradores del «Joven Escenario Popular» fueron detenidos por los nazis, a mi padre lo llevaron al campo de concentración Brauweiler, cerca de Colonia. Después de su puesta en libertad, le siguió la prohibición de practicar su profesión, no recibió ningún subsidio de paro y tenía que presentarse todos los días ante la policía. En 1934 pudo huir a Amsterdam, donde encontró a mi madre. Mi madre, Elisabeth Plaut, había huido a Amsterdam porque era judía. Debido a que los extranjeros en Holanda estaban sujetos al país de su procedencia y en Alemania estaban prohibidos los matrimonios «mixtos», entre judíos y «arios», se casaron en Bruselas en 1936. Yo nací en 1939 en Amsterdam. Allí trabajaba mi madre como maestra, Leo ilustraba libros y trabajaba en el teatro para niños «De vrolijke Brigade» (La brigada alegre). Cuando los nazis invadieron Holanda en 1940, mi madre y mi padre, debido a la Ley de las Razas, tuvieron que divorciarse. Desde entonces, mi padre ya no vivió con nosotras, pero nos visitaba todos

los días. Vivía en una habitación en la parte vieja de Amsterdam, junto a la casa donde estaba oculta Ana Frank. El trabajaba en la resistencia y después de la guerra supimos que había ayudado a judíos con su pasaporte a cruzar la frontera. En el verano de 1942, mi madre y yo tuvimos que dejar la vivienda en la calle Albrecht-Dürer (citada en las cartas) e irnos a vivir al «gueto abierto», en el norte de Amsterdam. En diciembre de ese mismo año, fue detenido mi padre y, después de tres meses, entregado por la Gestapo a la Wehrmacht (Ejército nazi). Su compañía fue transportada a Ucrania, desde donde escribió las «Cartas a Bárbara».

Por ser yo una niña «mitad aria», se nos permitió a mí y a mi madre volver a nuestra vivienda de la calle Albrecht-Dürer; allí recibí las cartas de mi padre. Lamentablemente, no me acuerdo de ello. Mi madre me ha contado más tarde que entonces yo preguntaba constantemente por «Papaleo». Era mi gran amor y eso fue para los dos. Ya que yo me acuerdo todavía de mi padre. Era, como yo lo recuerdo, siempre alegre y siempre me mimó. Cuando llegaba mi padre a la pequeña y oscura vivienda en «Asterdorp» (así se llamaba el gueto abierto), era como si saliera el sol. Me levantaba en brazos y se reía conmigo. En la película «Distancia hacia lo cercano», que filmé en 1983, he intentado llevar a la pantalla esos recuerdos.

A finales de 1943, mi madre y yo, por separado, entramos a vivir en la clandestinidad. Mi madre fue de casa en casa. Sobrevivió a la guerra y murió a los ochenta años, en 1987. Yo fui a parar entonces a una familia en Overijssel, al este de Holanda. También allí, como se indica en las cartas, hablaba con frecuencia de mi «Papaleo» y a la muñeca que entonces tenía, la llamé Leo.

La última carta de mi padre fue escrita en invierno de 1943, Cayó en el frente de batalla el 26 de julio de 1944 en Polonia o fue asesinado. No lo sabemos. No había cumplido los 35 años. Mi padre era un «mal soldado». Un soldado de la compañía de mi padre visitó, después de la guerra, a mi madre y contó que cuando mi padre tenía que disparar, lo hacía al aire. Pudiera ser que fuera asesinado por eso.

Hubiera dado todo para que mi padre hubiera regresado. Yo me siento orgullosa de mi padre. Estoy orgullosa de quien era y como era y de las cartas y los dibujos que reflejaban su forma de ser. Y de que él disparara al aire.

*Barbara Meter*

En sus investigaciones sobre la creación y suerte de los gráficos alemanes en el exilio holandés, el profesor Kurt Löb, Amsterdam, fue a dar, a través de Elisabeth Meter, a las cartas de Leo Meter. En su entusiasmo por ese excepcional documento, me propuso su publicación y conseguir el contacto con Bárbara Meter. Agradezco este libro a Kurt Löb, que conozco desde los años iniciales de mi editorial, cuando ilustró narraciones de Heinrich Böll. Por ello, y por múltiples informaciones, le doy las gracias de todo corazón.

*Gertraud Middelhaue*